

# CORRO

## y otros eremitorios rupestres

### Crónica Merindades

Antonio Gallardo Laureda

■ Los movimientos ascetas y eremíticos que tanto proliferaron durante los primeros siglos del cristianismo, sobre todo desde la conversión del emperador Constantino I El Grande (h.280 - 337), volvieron a coger fuerza con la política repoblacional impulsada por el rey astur Alfonso I y continuada por sus sucesores.

Muchos de estos nuevos eremitas llegaron a coger cierta fama por su santidad, lo que atrajo junto a ellos grupos de seguidores que llegarían a formar pequeñas poblaciones cercanas a la residencia de los mismos.

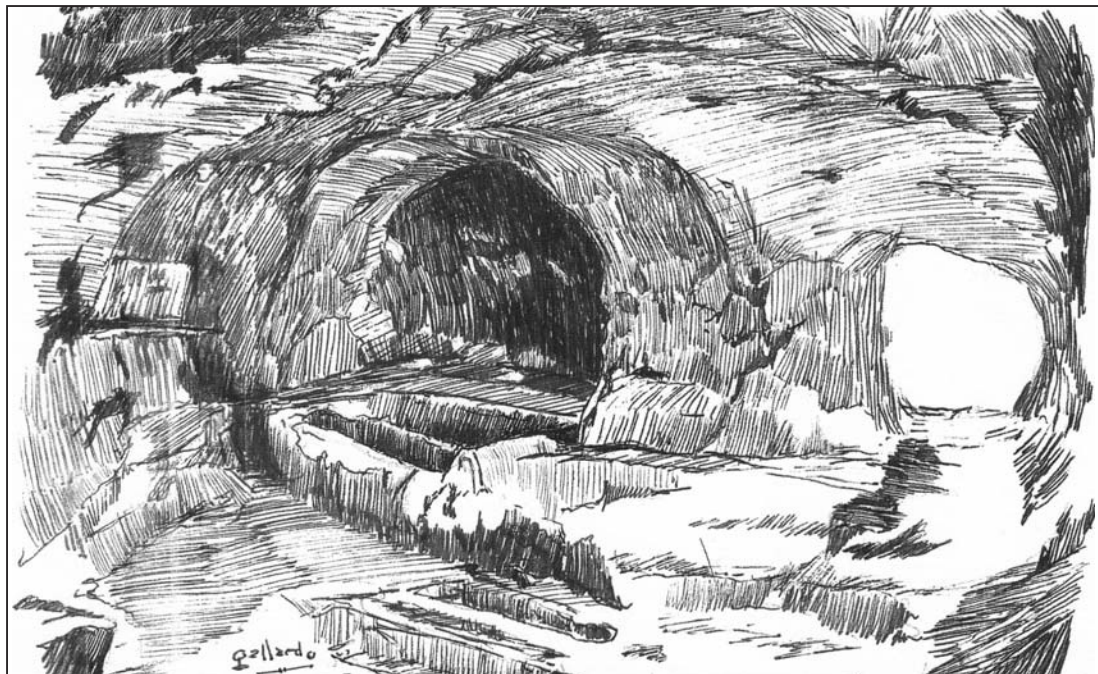
Ya desde aquellos lejanos tiempos marcados por la llegada de los musulmanes a España, el territorio de Las Merindades fue escogido por pequeños grupos de asustados cristianos para refugio y continuidad de sus ritos y manifestaciones de fe. Aprovecharon zonas de roca arenisca, la más fácil de labrar, para construir sus viviendas - refugios y sus minúsculos templos trogloditas para la oración.

El cristiano medieval, al igual que sucediera en los tiempos iniciales de la iglesia primitiva, sabía que en esta vida sólo estaba de paso. Se obsesionaba con la muerte y aspiraba con su comportamiento a librarse de las penas del infierno y alcanzar la salvación prometida por Cristo. El "quien vive en mí no morirá para siempre" era la promesa que mantenía su decidido comportamiento.

Este fenómeno anacoreta, eremítico, unido a la fundación de numerosos monasterios, fue el medio principal de consolidación de los avances territoriales por el norte de España en los años iniciales de la Reconquista.

Gasalianes y colonos acompañaban a estos frailes un tanto aventureros formando pequeños poblados en las cercanías de cualquier recién fundado monasterio, el cual acogía bajo su influencia y relativa seguridad las pequeñas ermitas y eremitorios rupestres que se habían ido desarrollando por sus alrededores.

En estas tierras de Las Merindades abundan los restos



► Cueva de Corro en Valdegobía



► Acceso a la Cueva de Los Moros desde el casco urbano de Corro



de esta clase de asentamientos.

Aparte de las afamadas y numerosas ermitas rupestres existentes en Valderredible, entre las que se encuentra la burgalesa y espectacular San Miguel, de Presillas de Bricia, y de la que hablaremos en un próximo artículo, son varios los ejemplos que se pueden citar en este territorio del

norte burgalés y más cercanos a nosotros: Argés, Cueva de Manzanedo, Tartalés de Cilla, Cillaperlata, Pinedo, Valpuesta y otros muchos más son testigos fieles de aquella época y, de seguro, guardianes de crípticos mensajes de su cotidianidad, abiertos a quienes se sientan iniciados en su interpretación.

Gasalianes y colonos acompañaban a estos frailes un tanto aventureros formando pequeños poblados en las cercanías de cualquier recién fundado monasterio, el cual acogía bajo su influencia y relativa seguridad las pequeñas ermitas y eremitorios rupestres que se habían ido desarrollando por sus alrededores.

sólo un kilómetro, está Corro, sobre un altozano y un poco apartado a la izquierda de la calzada. Pasado este hito, enseguida veremos, a nuestra izquierda, una pequeña y acogedora área de descanso, donde podremos aparcar. De allí parte un camino dirección norte que nos llevará hasta el eremitorio, distante tan sólo unos cuatrocientos metros.

Andados apenas cien metros, una señal nos indica la senda a seguir, la cual atraviesa una zona boscosa donde abundan los robles, los pinos, el borto y el acebo. En un claro, que se presenta de pronto ante el caminante, se muestra el complejo eremítico. El lugar trasciende misterio, magia y paz. Es cierto que, tal como asegura en sus reportajes mi amigo y compañero José Ángel Unanue, las piedras hablan. Lo que pasa es que, para oír las, hay que saber escucharlas.

Ante nosotros veremos una serie de cuevas artificiales excavadas en grandes rocas de arenisca. En su interior distinguiremos puertas, ventanas, dormitorios, el lugar de culto y también tumbas antropomorfas que nos delatan una prolongada ocupación, tal como lo asegura un cartel informativo que la Diputación alavesa ha colocado en el lugar.

Al parecer, estos eremitorios ya fueron ocupados por ascetas y eremitas desde tiempos de los visigodos, allá por el siglo VII, y, claro está, tras la relativa retirada de los moros de ellas, debieron de saber a gloria para los más avanzados colonizadores de estas tierras. Ya en la fundación del obispado de Valpuesta el año 804 se hace referencia a la existencia de varias ermitas, que suponemos rupestres, entre las que, de seguro, se encontraban estas de Corro.

Lo cierto es que, hasta el siglo XVIII, estos eremitorios estuvieron dedicados al culto cristiano bajo la advocación de San Juan y que, hasta hace poco tiempo, han servido de morada a pastores, vagabundos y aficionados a la brujería.

¡La de historias que se esconden en estas rocas ahuecadas por la mano del hombre! Más de doce siglos de existencia como refugios humanos dan para mucho.

Como ejemplo de otros muchos de parecidas características, visitaremos el asentamiento rupestre de Corro, sito en el valle de Valdegobía, adscrito hoy en día a la jurisdicción de Álava, aunque no siempre fue así.

En las cercanías de San Pantaleón de Losa (otro de los lugares mágicos de Las Merindades), a unos doscientos metros del puente de piedra que permite el vado del río Jerea, arranca la carretera BU-553, que conduce a Valpuesta y que, cinco kilómetros más adelante, empalma con la alavesa A-2622. Cuatro kilómetros más y cruzaremos el pueblo de Bóveda y tres más andados, el de Tobillas. Un poco más adelante, a